

su tizona entre las piernas. Si intento quitársela, se despertará.

—¡Estrangúlale!

—Es muy duro, y si grita...

—¿Y el normando?

—Arriba con la moza. Los demás duermen todos.

—¡Está bien! ¡Abrenos la puerta!

—Voy; pero guardad el silencio más completo, ó fallará el golpe.

Para eso había confesado el español. Cuando la banda de Gualter penetró en la hostería convinieron en que si las cosas salían mal, uno cualquiera de ellos trataría de quedarse en el mesón para dar entrada después á los compañeros.

Sin sospecharlo, Laho había secundado sus planes. Morda y Gendry cambiaron una mirada, y no necesitaron más. El catalán portóse hábilmente y logró sus deseos. Por otra parte, Gendry se había puesto de acuerdo con la moza para reducir á la impotencia á uno de los diestros. Al otro, pues habían supuesto que ambos velarian el sueño de los demás, sólo era cuestión de hacerle beber mucho, lo cual no ofrecía la menor dificultad.

X el plan había logrado el mejor éxito.

VI

Fracaso.

El español se dirigió hacia la puerta con cautelosos pasos. No hubiera estado muy tranquilo á poder sospechar que Cocardasse le vigilaba. Lo fuerte de la mordaza que amenazaba asfixiarle, le había despertado, y no perdió una sola palabra del diálogo de los dos malandrines. Al principio se sorprendió muy mucho de sentirse amordazado y de no ver á su colega Amable. Muy luego, al escuchar lo que los malandrines se decían, sonrió; pero continuó inmóvil.

Con infinitas precauciones el catalán levantó la primera barra, y luego la segunda: sólo le faltaba ya descorrer un cerrojo. En aquel instante, como movido por un resorte, el gascón se irguió. No tenía un minuto que perder: la mesa y toda la longitud la sala separaban al diestro del bandido. De un brinco pasó sobre la mesa, sus piernas se abrieron como formidable compás, extendió el brazo inclinando todo el busto hacia la puerta, y Morda, clavado en la puerta, apenas pudo exhalar un ronco estertor. No cayó al suelo hasta que Cocardasse retiró su espada, que le había atravesado de parte á parte.

Pero la partida no estaba ganada aún. La puerta se abrió violentamente, y antes de que

el gascón pudiera dar un grito recibió en el costado un formidable topetazo del *Ballena* que le derribó á tierra sin sentido.

El bandido iba á acabar con su daga lo que había comenzado con el testuz; pero Gendry se lo impidió. Creía que era tiempo perdido entretenerse: su compromiso consistía en matar á Legardère y robar á Aurora, y cuanto más se entretuvieran, más riesgo corrían de fracasar. Puesto que el diestro se hallaba fuera de combate, lo demás poco le importaba. Una vez realizado el golpe, siempre habría tiempo de vengar la muerte de Morda si lo consideraban conveniente. El ex-cabo volvió á cerrar la puerta y dió sus órdenes.

—No tenemos que preocuparnos de Passepoil, que estará ya encerrado por la moza. Quedan Lagardère, Chaverny y otro que no conozco. Hay que respetar la vida del Marqués. Si por casualidad entramos antes en su cuarto, nos echamos encima, le atamos y le amordazamos.

«No será difícil, pues le sorprenderemos en la cama. Con el otro haremos lo mismo, á no ser que nos obligue á matarle. En cuanto á Lagardère, no haya cuartel; debe morir. Somos cinco contra él, y vamos á sorprenderle.

Los dos jovenzuelos, que no estaban aún avezados al crimen, protestaron:

—¡Yo quiero matarle—dijo Joel de Luján;

—pero de pié y frente á frente, como él mató á mi padre!

Gendry los miró desdeñosamente, y señalando la ventana murmuró:

—¡Si queréis largaros, aún estáis á tiempo, muchachos!

—Creerás que tenemos miedo—declaró el hijo de Pinto;—pero no es verdad. Supongo que somos libres de escoger la venganza que nos plazca, y precisamente porque no tenemos miedo no queremos herir á un hombre indefenso y dormido.

Gualter se encogió de hombros.

—¿Preferís que os mate?

—¿Y por qué ha de matarnos él, y no matar-le nosotros?

—Porque es hombre á quien no se puede matar de pie y espada en mano.—Y prosiguió autoritariamente.—¡Ea; ya hemos hablado bastante! ¡Soy vuestro jefe, y os invito á obedecerme sin replicar!

En realidad hubiera lamentado mucho que se fueran, pues no se consideraba capaz de cumplir su misión con el *Ballena* y *Palafox* solamente. Por eso añadió, convencido de que el único medio de conservarlos á su lado era aparentar que recelaba de su valor.

—¡No quiero cobardes en mi banda! ¡Den-tro, ó fuera! ¿Qué decidís?

—Vamos, y arriba veremos lo que debe hacerse.

—¡Arriba, pues! Yo me encargo de la dama, y no necesito ayuda.

El *Ballena* descolgó la lámpara, y los cinco hombres subieron la escalera procurando apagar el ruido de sus pasos. El jefe iba delante, tratando de atenuar con su cuerpo el resplandor luminoso; le seguía el *Ballena*; á éste, Palafox, y los dos adolescentés cerraban la marcha. El silencio más completo reinaba en la casa. Llegados arriba vieron una porción de cuartos, y quedaron un momento perplejos.

Cualquier cosa hubiera dado Gendry por saber cuál era el de Lagardère; pero la única que pudiera indicárselo era la moza, y ésa estaría guardando á Passepoil. Yendo á la ventura, arriesgábase que algún grito despertase al caballero. En esto oyeron una puerta que se cerraba con doble vuelta de llave, y la bayonésa, dejando encerrado á su galán, apareció descalza y les señaló con el dedo la habitación de Lagardère y se dispuso á seguir bajando.

—¿Y mademoiselle de Nevers?—le preguntó Gendry al oído.

—Aquella puerta, al final del pasillo—susurró la moza.—Duermen juntas las dos señoritas y se cierran por dentro; pero la cerradura es muy fuerte.

El *Ballena* se encogió de hombros y sonrió. De un empujón...

—¡Buena suerte!—murmuró la infiel criada.—¡Nos hallaremos en San Sebastián!

Bajó á la sala baja y se dirigió á tientas hacia la puerta; pero retrocedió con horror al tropezar con el cadáver de Morda. Cuando llegaba á la ventana se sintió asida por dos robustos brazos.

—¿Sois vos, Jacinta?—le preguntó al oído el gascón.

Pero, abierta la ventana, Cocardasse la vió:

—¡Si, dejadme!—suspiró ella.

—¡Mientes, bribona! ¿Qué ocurre? ¡Tú eres cómplice de los asesinos!

—¡Perdón!—gimió la moza sin atreverse á gritar!

El diestro no hizo caso. Temblando con la idea de que el golpe se hubiese realizado, no tenía noción alguna del tiempo que había permanecido en el suelo sin sentido. Dió un empujón brutal á la moza, cuya cabeza chocó contra una esquina de la mesa y rodó por el suelo con un hilo de sangre que le brotaba de la sien, y lanzó un rugido que conmovió todo el edificio desde los cimientos al tejado.

—¡Lagardère! ¡Lagardère!

Los bandidos se estremecieron y tornáronse lívidos, á excepción del inglés Palafox, que lo oyó sin conmoverse. Flemático como todos

los de su raza, prosigió en guardia sin que se alterara un músculo de su faz.

—¡Abre la puerta!—ordenó Gualter al *Ballena*.

El gigante dejó la luz en el suelo, se lanzó como una catapulta, y con crujido lastimero de madera se abrió la puerta, saltando al suelo la cerradura. Por la ventana abierta de par en par la Luna iluminaba la habitación, y vieron al Conde á medio vestir que los aguardaba espada en mano.

El inglés se llegó á él de un salto; chocaron tres segundos los hierros, y Palafox cayó muerto con una herida entre ceja y ceja. La espada de Joel fué la segunda que buscó la de Lagardère: el Conde le desarmó en un segundo, haciendo volar por la ventana el acero de Luján.

—¡Vete! ¡No quiero matar niños!—le dijo.

Oyóse el abrir de varias puertas; la luz, empujada con el pie, se apagó.

Arriba, Passepoil gritaba y votaba, dando con pies y manos en una puerta que no podía abrir.

Chaverny apareció; pero se sintió sujeto, atado y amordazado antes de darse cuenta de lo que sucedía. Novailles asestó una estocada furiosa á Gendry; pero éste la esquivó, y el acero de aquél se quebró, chocando en un montante de madera.

Lagardère estaba sólo ante los cuatro hom-

bres, que no se atreverían á atacarle. Sabía que podía dar cuenta de ellos fácilmente; pero sospechó que estaban á punto de huir de miedo, pues ya miraban con cariño la escalera, y no quiso ensañarse.

De pronto llegó del extremo del corredor un grito penetrante, y una forma blanca salió con los brazos extendidos exclamando:

—¡Enrique! ¡Enrique!

El Conde palideció al pensar que pudieran matarla aquellos hombre antes de que llegase hasta él.

Con efecto; no le dieron tiempo á llegar: Gualter Gendry la levantó en brazos y escapó escalera abajo, diciendo á los suyos:

—¡Seguidme! ¡Ya la tengo!

Aurora lanzó un gemido, al que contestó otro desgarrador de la Princesa, que hubiera caído al suelo á no sostenerla Floren sus brazos.

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡Sálvame!—clamaba la joven.

Al pisar la sala baja Gendry rió burlonamente. Sólo le faltaba saltar la ventana. Llevaba su presa, lo que Gonzaga llamaba su «rescate viviente, sus rehenes». El golpe estaba dado. Sentía que le perseguía muy de cerca el Conde; pero entre ambos estaban el *Ballena* y los dos jóvenes. Con tal de llevarse á la Duquesita, poco le importaba que los matase.

Su risa sarcástica se ahogó en su garganta:

una mano de hierro le apretaba el cuello. Soltó á la dama medio desvanecida, que alguien recogió; sintióse libre, y sólo pensó en huir. Saltó apresuradamente por la ventana. Sus compañeros le siguieron tan de cerca, que Cocardasse no tuvo tiempo de dar más que un terrible cintarazo, que recibió en los riñones el *Ballena*. Había pagado el topetazo recibido.

Llegó Jacinta con una luz, y Lagardère recobró á Aurora desvanecida: la subió en un verbo y la entregó á los cuidados de doña Cruz. Mientras tanto Chaverny fué desatado por Navailles. Enrique acudió á estrechar la mano del gascón.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó éste.—¡El golpe estaba bien combinado; y si no me despierto á tiempo, quizás hubiera tenido buen éxito!

De pronto recordó, y bajó la cabeza avergonzado.

—¡Perdóname, pichón!—murmuró.—Si no hubiese bebido tanto esta noche, no hubieran puesto los pies aquí siquiera.

—¿Qué cadáver es ése?—preguntó el Conde al ver el de Morda.

—El pícaro de mi discípulo. Tomó tanto gusto á mis lecciones, que he tenido que enseñarle hasta el baile final.

Las explicaciones del diestro revelaron á

todos el plan de los bandidos y les hicieron comprender lo sucedido.

—Espero que no volveremos á verlos. Hoy mismo nos vamos.

—Pero no he visto pasar más que cuatro—dijo el gascón.

—El otro quedó arriba—repuso Navailles tocándose la frente.

—Uno cada uno; ¿eh, pichón? ¡No hemos perdido la noche! Pero, á todo esto, ¿dónde diablos está Amable?

—Es cierto. ¿Dónde está Passepoil?

—¡Aquí estoy!—repuso una voz lastimera. Me habían encerrado arriba, y hasta ahora no pude romper la puerta.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Qué te ha sucedido?

—No sé: había... bebido demasiado...

—¡Vive Dios! ¡Pobre Passepoil! ¡Hay que ser sobrio!

El normando vió á la moza tendida ante la mesa, y su rostro se tornó lívido.

¿Está... muerta... también?—balbuceó.

Y fué á arrodillarse junto á la joven, cuya cabeza alzó para examinar su herida. Expresaba tanto dolor su semblante, que Cocardasse no quiso afligirle contándole lo sucedido. La moza volvió en sí, y al verse en brazos del normando estalló en sollozos.

VII

La vuelta.

El papel de la bayonesa en los sucesos debía quedar secreto para Passepoil. Recién establecida en la hostería, cedió á las tentadoras promesas de Gendry, y quizás influyó en ella tanto como el ansia de lucro el temor de que los bandidos se vengaran cualquier día de ella si rehusaba. Honrada á su modo, cumplió su compromiso y encerró al normando, no sin vacilar mucho, pues la interesaba sobremanera aquel galán meloso y poético, tan distinto de los rudos aventureros ó marinerotes que la requebraron hasta entonces. Por eso el remordimiento la hizo estallar en sollozos, como dijimos.

Su herida era muy leve. Lavada por el normando con agua fría, la moza pudo ponerse en pie, y quedó cabizbaja ante Cocardasse, que la miraba enojado.

—¡Sangre de Cristo! ¡Tenemos que hablar despacio los dos!—le dijo el gascón con su estentórea voz.—Por lo pronto—añadió, dirigiéndose á su amigo—hay que hacer desaparecer de aquí á esos intrusos.

Passepoil no estaba en el caso de hacer objeciones. Demasiado apesumbrado por lo suce-

dido, hallábase dispuesto á todo con tal que no le reprocharan su aventura amorosa.

—Tienes razon, mi noble amigo. ¿Qué haremos de los cadáveres?

—¡Cuernos de Satanás! ¡Llevarlos á algún callejón cercano, y dejarlos allí para que crean que se han matado mutuamente!

—Las rondas pueden sorprenderos—objetó tímidamente la moza.

—¿Y á ti qué te impota?—gruñó Cocardasse.

—Es que... no quiero que os suceda algo malo. ¡Abogad por mí, monsieur de Passepoil!

Bien hubiera querido el normando; pero le remordía la conciencia, y prefería aprobar todo lo que dijese su amigo á trueque de que no le hicieran cargos.

—Conozco un sitio—un buen sitio—en el cual nadie los encontrará, y si quisierais...

—¡Bueno; sí, queremos! ¿Dónde está ese sitio?

—Ahí; en el jardín: es como un pozo; un agujero muy hondo en el suelo.

—¡Bueno; llevémosle! ¡Y tú, lumbrá!

Lleváronle agarrando el cuerpo uno por bajo de los brazos y otro por las piernas, y le echaron en la sima.

—¿Qué hay en el fondo?

—No sé nada: tal vez otros muertos.

—¡Voto á bríos! ¡Parece hecho adrede para fosa! ¿Qué te parece, Amable? Pero vamos á buscar á su compañero.

Así lo hicieron. Le encontraron en el pasillo, al cual le sacó Lagardère. Efectuado el sepelio, la criada lavó la sangre que manchaba el suelo, y terminada la operación, Co-cardasse, que había vuelto á beber, la llamó á parlamento. La moza confesó de plano, combinando hábilmente la verdad con la mentira y protestando de su amor á Passepoil, que al oirla se bañaba en agua de rosas.

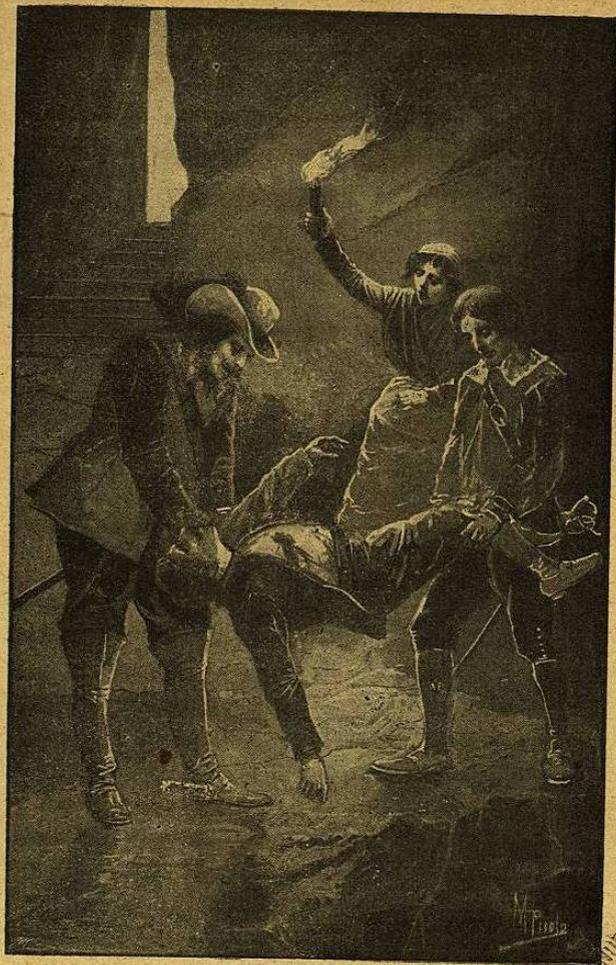
—¡Cuernos de Lucifer! ¿Y por qué en vez de encerrarte con él escapabas y quisiste hacerme pasar por tu señora?

—No sabía lo que hacía: estaba medio loca, y huía por no presenciar los horrores que suponía que iban á pasar. Pero ahora estoy arrepentida y os pido perdón.

El normando no pudo contenerse más, y se lo otorgó. Jacinta llegó entonces, y cortó los trasportes de amor y agradecimiento enviando á la cocina á la arrepentida criada.

No tardaron en bajar todos; Aurora algo pálida, y su madre no del todo repuesta de la emoción sufrida.

—¿Han acabado por fin nuestras tribulaciones, Enrique? Por más que trato de serenarme, de cobrar ánimos, cada suceso como el de anoche me pone la carne de gallina.



Agarrando el cuerpo, uno por los brazos y otro por las piernas, lo echaron á la sima...

TOMO I

IN VESTIBULO DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO

—Sí; se acabó todo, amada mía. Dentro de una hora emprendemos el viaje, é iremos deprisa, muy deprisa.

—¿Y por qué? ¿Tenemos algo que temer?

Lagardère le contestó casi al oído:

—¡No; pero al final del camino nos aguarda la dicha!

Chaverny y Flor pensaban lo mismo; pero sólo se lo decían con los ojos. Entre todos sólo uno hubiera querido retrasar su viaje por algunas semanas, por algunos días á lo menos: Passepoil, enamorado como un bruto de la mozá de la posada.

Mientras se alejaban de Bayona Cocardasse comenzó á dar bromas al inflamable normando, y éste declaró muy serio que en cuanto se casara Lagardère él se dedicaría á buscar novia para hacer lo mismo.

—¡Casarte tú, Amable! Pero, en ese caso, ¿qué será de tu inseparable Cocardasse?

—Te casarás también.

—¿Yo? ¡Cuernos de Satanás! ¡Jamás de los jamases! ¡Libreme Dios! El casorio no es para mí. ¿Cómo dividir mi corazón entre Petronila, la botella y las faldas?

—¡Bahl Petronila acabará por descansar, y entonces no tendrás que ser infiel más que á la botella.

Jacinta había confiado la custodia de la

hostería hasta su venta á la moza, y al separarse de ella experimentó gran emoción, que calmaron con sus caricias las dos jóvenes.

Navailles iba á la cabeza de la comitiva; detrás, el carruaje con las damas, y á las portezuelas, Lagardère y Chaverny; los diestros cerraban la marcha.

Así caminaron leguas y leguas rápidamente y sin el menor tropiezo: sólo se detenían el tiempo indispensable para comer y dormir, y en ninguna parte hallaron ni rastro de Gualter Gendry.

El único alto serio lo hicieron en Chartres. El gobernador, M. Beluet de Floville, hizo cerrar también esta vez las puertas de la ciudad é intimó á Lagardère y á los que le acompañaban que se trasladasen á su palacio. El mensajero portador de esta orden fué madame Liébault, y el Gobernador y el preboste de policía, M. Ambrosio Liébault, la siguieron de cerca. La dama lloró de júbilo al ver al caballero, y de pena cuando volvió á irse de la ciudad.

Despidiéronse «hasta luego». M. de Floville había prometido asistir á los dos matrimonios, así como madame Melania Liébault y su esposo. Al separarse de ellos Aurora dijo á su novio:

—¡Qué dulce es despertar en torno suyo tantos afectos, Enrique! Pero ¿qué será de

nosotros si todos los que os rodean reclaman un puesto en vuestro corazón?

—No se lo conderé á todos—repuso él sonriendo;—pero á los que se lo otorgue se considerarán ufanos con poner mi amistad á los pies de mi mujer.

—¿Qué habéis hecho á éstos?

—Querréis decir qué me han hecho ellos. El Gobernador me ofreció su casa, sus caballos, y su bolsillo; esta burguesita, que es un alma nobilísima, me ofreció su vida. Soy su deudor.

La comitiva avanzaba rápidamente. Ya faltaban pocas horas para llegar á París. De pronto Aurora lanzó un grito de júbilo: acababa de ver en la lejanía las torres de Nuestra Señora perfilándose majestuosamente en el horizonte, y en breve lanzaron sus campanas á vuelo como para festejar el regreso de los que tanto habían sufrido, orado y amado.

VIII

Audiencia en el Palacio Real.

El Regente tenía poca memoria. Nadie olvidaba tan pronto como él á las personas que permanecían algún tiempo alejadas de la corte. Hubiera dejado tranquilamente amanecer á los mejores amigos en los calabozos de la Bastilla si alguien no le hubiese recordado que los había

hecho encerrar por una semana en castigo de cualquier ligero pecadillo. En cambio, una vez recordados se apresuraba á reparar su olvido otorgándoles alguna gracia.

Mucho tiempo hacía que ni se acordaba de la princesa de Gonzaga, de Aurora ni de Lagardère, cuando cierta noche un mensajero de buen aspecto forzó, sin que se supiera cómo, el cordón de guardias que le rodeaba, y le entregó un pliego sellado con las armas de Nevers. El primer movimiento de Felipe de Orleans fué dar un paso atrás, y su escolta iba á precipitarse sobre el intruso, cuando reconociendo los sellos alzó el brazo para ordenar la inmovilidad.

Serían las diez. El Regente estaba de muy buen humor, y se preparaba á asistir á una fiesta organizada por madame de Tencin, en la cual esta dama había proyectado resucitar la antigua festividad de los *disciplinantes*. Al espectáculo acudirán todas las bellezas de aquella corte licenciosa, y Felipe se prometió divertirse mucho.

El desconocido no llevaba armas, y se descubrió respetuosamente.

—La señora princesa de Gonzaga—Nevers—dijo con voz firme—me ha encargado que pusiera esta misiva en manos de V. A.

Dubois se apresuró á intervenir, y dijo con altanería: